

«Entre líneas. Intersecciones de la palabra creadora»: Día Mundial del Libro y Cátedra Dolores Castro

*Adriana Álvarez Rivera¹
Ilse Díaz Márquez²*

El 26 y 27 de octubre del 2020, se desarrollaron las jornadas «Entre líneas. Intersecciones de la palabra creadora», en el marco de las cuales se celebró el Día Mundial del Libro, y se dictó la Cátedra Dolores Castro, ambos eventos de gran tradición en la historia de la licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Reseñamos aquí las actividades de dichas jornadas, las cuales tuvieron como invitados al Dr. Gonzalo Iizardo (UAZ) y a la Dra. Elissa Rashkin (UV).

1 Contacto: adriana.alvares@edu.uaa.mx

2 Contacto: ilse.diaz@edu.uaa.mx

El Cristiano desagravio de don Guillén Lombardo y Memorias de un basilisco: el combate de un rebelde humanista contra el Santo Oficio

Como investigador y como escritor, Gonzalo Lizardo se ha visto llamado en repetidas ocasiones por la heterodoxia en tanto esta abre puertas insospechadas a la interpretación del mundo y de sus sentidos más ocultos. Los seminarios que ha impartido en la maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas de la Universidad Autónoma de Zacatecas dan cuenta de ello: Salvador Elizondo y el I Ching, el recorrido por las obras de filiación fáustica desde el medioevo hasta Paul Valéry y la incansable indagación espiritual de Joyce son cauces que el autor va trazando y cuyas aguas confluyen dando lugar a una poética en la cual los puntos de partida son el hermetismo, la alquimia y la herejía atribuida a muchos de los que se han atrevido a leer el cosmos desde posiciones no dogmáticas, iniciáticas o rebeldes.

Ya en junio del 2017, el profesor Lizardo, quien acababa de recibir el Premio Internacional de Ensayo Siglo XXI por su libro *El demonio de la interpretación*,³ fue invitado a nuestro Departamento de Letras a presentar dicha obra y a impartir una conferencia sobre el mito de Fausto, en las cuales sus exploraciones herméticas estuvieron presentes. En esta ocasión, en el marco de la celebración del Día Mundial del Libro, como parte de las jornadas «Entre líneas. Intersecciones de la palabra creadora», la intervención de Lizardo sin duda puede entenderse en diálogo con su anterior visita; sin embargo, quienes tuvieron el pasado 26 de octubre su primer acercamiento con el trabajo de este escritor, seguramente encontraron abierta una entrada en extremo sugerente: la de la figura de Guillén Lombardo, ese «héroe desconocido», pirata, humanista y hereje irlandés alrededor del cual giraron las aportaciones y comentarios de ese día.

La conferencia impartida al mediodía, parte académica de la intervención de Lizardo, se constituyó, más bien, como un «meta-relato» del proceso de década y media que le llevó investigar al personaje histórico de Guillén Lombardo, y a transformarlo, a su vez, en un personaje ficcional, no sin aportar en el camino un estudio historiográfico y la edición crítica a un manuscrito del irlandés que había permanecido olvidado durante tres siglos, y que Lizardo encontró y rescató, confirmando de ese modo que toda creación literaria inicia

3 Lizardo, Gonzalo. *El demonio de la interpretación. Hermetismo, literatura y mito*. Siglo XXI, 2017.

con un descubrimiento, ya sea material u onírico, ya histórico o emocional, o quizá varias de estas cosas a la vez.

William Lamport, Guillén Lamport o Guillén Lombardo, apodado «el basilisco», nació en Wexford, Irlanda, en el año de 1611. Se educó en Londres y en España con los jesuitas, y ejerció como pirata durante algunos años, siempre teniendo en mente la causa de la liberación de su nación del yugo inglés. Más tarde, Guillén emigró al Nuevo Mundo, donde conspiró contra el virreinato e intentó organizar la independencia de la Nueva España, casi dos siglos antes de que esta se llevara a cabo. Finalmente, Lombardo fue delatado, acusado por la Inquisición de múltiples cargos, entre los que se contaban la herejía y la hechicería, y quemado en la hoguera en noviembre de 1659.

Desde los primeros encuentros que Gonzalo Lizardo tuvo con la figura de Guillén, la necesidad de ir avanzado a través de pistas y pequeños hallazgos, al igual que hace un detective, se hizo manifiesta, y una visita a Salamanca para asistir a un congreso de novela negra no hizo más que confirmarla. Fue allí donde el escritor sumó a las primeras referencias localizadas en textos de autores mexicanos, como Vicente Riva Palacio, Luis González Obregón y Gabriel Méndez Plancarte, los textos encontrados en un par de librerías salmantinas: la biografía redactada por Fabio Troncarelli y el edicto inquisitorial que prohibía la lectura y difusión de los escritos del irlandés en México, so pena de excomunión. Alimentado por esos descubrimientos, Lizardo se aventuró en los archivos con la intención de acceder sin intermediarios a los escritos del irlandés, de los que hasta ese momento no existían ediciones. En el Archivo General de la Nación, entre muchos otros documentos, encontró el manuscrito que Lombardo elaboró en la cárcel para defenderse de las acusaciones que se le imputaban.

De acuerdo a Lizardo, la empresa intelectual que en dicho manuscrito emprende Guillén puede entenderse como una batalla «absurda y solitaria» contra el enorme poder del Santo Oficio; también es una muestra de la «grafomanía» que aquel sufría, cuya prueba es su copiosa escritura, incluidos casi mil salmos en latín, que fueron redactados a escondidas de sus acusadores. Finalmente, el manuscrito se erigió como un desafío editorial y filológico, ya que su complejidad exigía un aparato crítico que lograra desentrañar la gran cantidad de elementos que lo componen, ese «laberinto de enigmas» que fascinó a Lizardo desde su multiplicidad de formas textuales, entre las cuales destacan la narración autobiográfica, el alegato jurídico y la exégesis bíblica, hasta las citas en lenguas clásicas, sin olvidar, por supuesto, la intrincada red de pensamiento

que allí se teje, en la cual destacan las ideas del padre Juan de Mariana —que otorgaba al pueblo la prerrogativa de matar a su rey si este se volvía tirano— y la concepción cristiana de la astrología desarrollada por Dionisio Areopagita, para quien los astros marcan a la humanidad pautas que solo su libre albedrío puede finalmente definir.

Las treinta y seis fojas del alegato, fechado en 1651, y cuyo título resumido es *Cristiano desagravio y retractaciones de Guillén Lombardo*,⁴ se desvela pues como una defensa, pero también como una declaración ideológica de su autor, crítico mordaz con los estamentos novohispanos. El argumento que da cuerpo a su defensa es que, siendo el perdón de los pecados la mayor virtud, aquel que sea capaz de perdonar al pecador será considerado para entrar a la vida eterna. Sus jueces no hicieron alarde de ser virtuosos, pues Guillén acabó por ser ejecutado tras diecisiete años de prisión y de una fuga extraordinaria que se recuerda especialmente por los carteles que pegó en el centro de la Ciudad de México, donde denunciaba los crímenes cometidos por la Inquisición.

Ya que siempre «un texto lleva a otro texto», el manuscrito llevó, a su vez, a su investigador y editor a establecer comunicación con otros colegas, a consultar la Biblioteca Cervantina del Tecnológico de Monterrey y a realizar una estancia en Valencia, donde ahondó en su conocimiento de la orden jesuita y de la educación que esta ofrecía en el Siglo de Oro. Y siguiendo esta misma cadena interpretativa, a la publicación en 2017 del *Cristiano desagravio* por la Universidad Autónoma de Zacatecas, le siguió la publicación en el 2020 de la novela *Memorias de un basilisco*,⁵ alrededor de la cual giró la charla que el mismo día de la conferencia, más tarde, establecieron con el autor Ángeles Montañez, egresada de la licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Ilse Díaz, profesora del mismo departamento, y Ximena Gómez Goyzueta, también profesora del Departamento de Letras, quien fungió como moderadora.

Complementando el lado académico, la charla literaria en torno a la novela derivó en primer lugar hacia el problema de la construcción ficcional de la vida de Guillén sin transgredir la voz del personaje histórico, problema que de acuerdo a Gonzalo Lizardo se resuelve gracias a la gran capacidad que tiene la novela como género polifónico para absorber múltiples posibilidades textuales que, en el caso de *Memorias de un basilisco*, incluyen a la novela de aventuras,

4 Lizardo, Gonzalo (ed.). *Cristiano desagravio y retractaciones de Guillén Lombardo*. UAZ, 2017.

5 Lizardo, Gonzalo. *Memorias de un basilisco*. Martínez Roca, 2020.

al *boom* hispanoamericano y a la novela policíaca, y que al mismo tiempo hacen posible presentar el yo fragmentado del protagonista, quien con base en sus viajes por Irlanda, España y el Nuevo Mundo, y a través de las distintas etapas de su vida, se nos presenta como estudiante, pirata, soldado, amante, conspirador y hasta como una especie de místico que, al confrontar a las distintas potencias de su alma por medio de sus recuerdos, emprende un camino de autoconocimiento que lo acerca a la locura, pero también a la disolución de la individualidad.

Tal disolución en la nada o en el otro se conecta también, piensa Lizardo, con la utopía de liberación de Irlanda que Lombardo nunca abandonó a lo largo de su vida, y que en determinado momento se fundió con su proyecto de independencia para la Nueva España. Así, el relato se vuelve cíclico, como lo es la historia misma, y la utopía del irlandés bien puede seguir siendo válida en nuestra época, y se confirma asimismo la naturaleza del personaje, que en palabras de su autor es un «Fausto a la inversa», es decir, un hombre que, en vez de sacrificar su alma por los bienes terrenales e individuales, sacrificó su cuerpo para salvar el espíritu y conseguir lo que él consideraba los beneficios que en ese momento necesitaba la colectividad.

Durante la charla hubo también oportunidad de atender, además de la narración de las aventuras del protagonista que él mismo va haciendo desde la cárcel, al otro eje de la novela, conformado por la historia del escribano Sebastián Carrillo y de su hermana Inés, quienes conocieron desde la infancia al basilisco, y quienes tras la muerte de este se proponen limpiar la figura de quien consideran su mentor de las acusaciones que se le hicieron. Las acciones se articulan de este modo alrededor de la búsqueda del manuscrito de las memorias extraviado después del auto de fe. En este sentido, en cuanto buscador de documentos, pero también de sentidos, el personaje de Sebastián Carrillo se presenta como una especie de *alter ego* para Gonzalo Lizardo, puesto que es gracias a él que la variedad de discursos que el basilisco pronuncia se ordenan.



Portada de *Memorias de un basilisco* de Gonzalo Lizardo (Martínez Roca, 2020).

Otro de los temas que se tocaron en la conversación fue el de la centralidad de los personajes femeninos de la novela, quienes, ya por la transmisión de conocimientos tradicionales y de las plantas medicinales —como sucedía en el contexto colonial—, por la inteligencia con la que Inés o su amiga, la pequeña mestiza Hortensia —guiño de Lizardo a la figura de Sor Juana Inés de la Cruz— planean la venganza hacia el cruel inquisidor Mañozca, o por constituirse como mentoras del protagonista —como sucede con las mujeres a quienes Lombardo llega a amar—, tienen una participación fundamental en el desarrollo de la trama, remitiendo de esta forma al *anima*, arquetipo de la vida en cuanto forma femenina, enfrentado constantemente al *animus* o parte masculina del cosmos. En este sentido, el *anima* se presenta como complemento del destino del protagonista. Rememorando a la filósofa Alejandrina Hipatia, otra de las figuras predilectas de Gonzalo Lizardo, quien aparece como maestra de tantos otros filósofos y alquimistas a lo largo de los siglos, así las mujeres que rodean a Lombardo son agentes de transformación que lo van guiando precisamente a través de su camino al autoconocimiento. De manera análoga actúa Jezebel, la rata albina que se mueve libremente entre la celda de Guillén y los rincones más oscuros de la cárcel inquisitorial, y quien, a manera de un *daimon*, de un genio protector o de un ser mefistofélico acompaña al irlandés en su preparación al encuentro con la fatalidad.

No faltaron tampoco en la charla las referencias a la labor de reconstrucción de la atmósfera del siglo xvii, tanto de Irlanda como de España, labor que también queda patente en mapas que se incluyen en las páginas de la novela. Sin embargo, se abordó especialmente el gran trabajo de ambientación que el escritor realizó del contexto novohispano, con su asombrosa complejidad y su mestizaje, con las alusiones a la arquitectura de la Ciudad de México tanto en su superficie como en sus profundidades, y la presencia de la geografía mexicana por la que transitan los personajes de la novela.

La posibilidad de que a lo largo de las dos sesiones los asistentes pudieran acercarse al proceso de investigación académica, al igual que al de creación literaria, y entender de qué manera estos se relacionan fue uno de los elementos más enriquecedores de la jornada. En palabras de Lizardo, es la complementariedad de dicho trabajo la que le ha permitido mantenerse publicando obra narrativa y al mismo tiempo dar continuidad a su trabajo como investigador. La jornada fue, en suma, gratamente provechosa, y el disfrute de acercarnos al universo de Guillén Lombardo en palabras de quien investigó su obra, pero

también supo recrear al personaje histórico en el texto literario, no hizo más que despertarnos la inquietud, también detectivesca, de descifrar más misterios entre las páginas del *Cristiano desagravio* y de *Memorias de un basilisco*.

«No quiero manos pálidas», escritoras y vanguardia en México (1910-1940)

La Cátedra Dolores Castro, cuyo nombre honra vida y obra de la insigne escritora, investigadora y crítica literaria aguascalentense, gozó con la presencia de la también investigadora Elissa Rashkin, cuya conferencia magistral, que titula esta parte de la reseña, resultó sumamente enriquecedora para el trabajo académico a nivel de estudiantes y docentes, pero también generó gran reflexión sobre el papel de la mujer en la historia cultural en México, y motivó la búsqueda de la obra de mujeres artistas e intelectuales, como se observó en la sesión de preguntas y en el conversatorio vespertino.

La Dra. Rashkin es investigadora en el Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la Universidad Veracruzana, miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel II y, además de haber publicado muy diversos artículos académicos y ser editora de *Balajú*, revista de cultura y comunicación, es autora de los libros *Atanasio D. Vázquez, fotógrafo de la posrevolución en Veracruz*; *Mujeres cineastas en México. El otro cine*; y *La aventura estridentista. Historia cultural de una vanguardia*. Si bien su extensa producción académica es rigurosa y exigente, lo cual es visible en los aparatos teóricos y críticos que emplea, así como en la metodología y las fuentes, no carece, al mismo tiempo, de una capacidad de divulgación notoria.

Recientemente, Rashkin coordinó junto con Ester Hernández Palacios el libro *Luz rebelde. Mujeres y producción cultural en el México posrevolucionario* y, a partir de algunas ideas de este libro, en su conferencia mostró un panorama crítico sobre la otra historia de la vanguardia en México, observando la producción de las mujeres. Para ello, indujo al auditorio en el tema, con base en una imagen gráfica de la mujer que aparece en el mítico libro de Arqueles Vela, *La señorita Etcétera*, considerado como la primera novela de vanguardia en América Latina.

Después de mostrar dicha imagen, a la que volveremos más adelante, introdujo el tema de la mujer en la vanguardia, a partir de contextualizar prime-

ro su situación en el México posrevolucionario, destacando la migración a las ciudades como uno de los factores de cambio, así como la apertura de nuevas profesiones a las que pudieron acceder las mujeres. Sin embargo, afirmó, también cómo el binomio mujeres y vanguardia generaba extrañeza, a modo de terreno inexplorado y aparentemente árido, que provocó una invisibilización de aquellas en las vanguardias históricas.

Esta ausencia es visible en los primeros estudios y compilaciones de las vanguardias y el estridentismo realizados por Hugo Gutiérrez Vega, Jorge Schwartz y Luis Mario Schneider, en cuyas listas de autores masculinos muestran respectivamente una, algunas o ninguna artista femenina. Y este hecho de la crítica da pie a los cuestionamientos de si las mujeres, estereotipadas por la imagen fílmica o literaria de las soldaderas, estuvieron ocupadas en concursos de belleza, cabarés, *sets* de película, o bien, si la literatura femenina, apabullada por los hiperviriles críticos de la Revolución, no incursionó en la vanguardia.

Ante estos cuestionamientos, Rashkin responde que la influencia de ideologías como el anarquismo, el socialismo, el movimiento en pro del voto femenino, la apertura de ciertas profesiones a mujeres profesionistas y los procesos revolucionarios generaron un campo fértil para que surgieran figuras femeninas en la vanguardia cultural y artística, aunque esto no se mostrara en las publicaciones y manifiestos ni en agrupaciones como las generadas por varones. Aun así, a pesar de esta marginación, las mujeres se consolidaron como sujetos de cambio e incidieron de forma determinante en el campo cultural mexicano y en las sociedades intelectuales en las primeras décadas del siglo xx.

A inicios de siglo, las mujeres comenzaron a hacerse visibles a través de su oposición al régimen porfirista (a partir de semanarios rebeldes, como *Vesper*, o de la adscripción al Partido Liberal Mexicano), del apoyo, a través de grupos femeniles, a Francisco I. Madero o incluso de la obtención de grados militares, más allá del papel de soldaderas, en apoyo a Emiliano Zapata. Asimismo, se generaron publicaciones de mujeres intelectuales procarrancistas como la de Hermila Galindo Acosta, que promovían ideas feministas o anticlericales, como en el caso de Salomé Carranza. En dicho contexto, Galindo organizó dos congresos feministas en Yucatán y reflexionó, a partir de su texto «La mujer en el porvenir», sobre el instinto sexual de la mujer, en franca contraposición con la imagen de ángel del hogar, preponderante en la imagen conservadora de la mujer. Otras mujeres como Elvia Carrillo Puerto, Elena Torres Cuéllar, Esperanza Velázquez Bringas o Elena Arizmendi Mejía tuvieron una influen-

cia variada en el desarrollo de la cultura, en la política y en la reflexión sobre el papel de la mujer en la sociedad mexicana, pero en general su labor fue olvidada, en función de este rasgo de invisibilidad que destacaba inicialmente Rashkin. La labor multifacética de la mujer pasó desapercibida, en parte, por los ideólogos del momento, los críticos literarios y artísticos, y la mujer no gozó de los valores de la Revolución, pues tuvo que responder a los preceptos de la familia tradicional.

Después de tal contextualización, Rashkin afirmó cómo la irrupción de las vanguardias abrió nuevos espacios de creación literaria y artística, en los que las mujeres, a modo de promotoras y creadoras, tuvieron gran relevancia. Por ejemplo, cercanas al movimiento estridentista, estaban Tina Modotti, Lola Cueto, Adela Sequeyro, Concha Michel e incluso Frida Kahlo. Al mismo tiempo, dos escritoras, Nahui Ollin (nacida Carmen Mondragón) y Nellie Campobello (nacida Francisca Luna) rompieron no solamente con los moldes tradicionales de la mujer mexicana, sino que su vanguardismo muy personal rompió incluso las categorías de dicho movimiento, al reflejar una búsqueda de la voz femenina, justo en un período en el que «viril» era sinónimo de «revolucionario». Así, la revolución en las letras femeninas emergió casi como una corriente subterránea, sin un manifiesto ni agrupaciones, pero como un fenómeno real, visible, ligado a cambios culturales igualmente identificables. En ambas escritoras se advirtió un cruce de pasión y racionalidad para generar una conciencia propia, a partir de la razón y de los sentidos.

Estas artistas escribieron sobre ellas mismas y sobre sus corporalidades, con una franqueza, afirma Rashkin, casi ausente en los varones de su época, más enfocados en generar metáforas en torno a la modernidad y la modernización, donde las relaciones íntimas estaban más ligadas con la nostalgia que propiamente con el erotismo. Este último, en cambio, fue una exploración constante en la poesía de las mujeres, que no nada más podían describir el orgasmo de una pareja, sino expresar su ser sexual al igual que una vía de conexión con el universo mismo, desdibujando fronteras entre cuerpo y mente. A través de su literatura sensorial, llena de voluptuosidad y de una voluntad de emancipación, estas escritoras rechazaron, tanto en su vida como en su obra, los cánones y paradigmas de la moral y la poética de su tiempo.

Por otra parte, Rashkin remite a otras mujeres que encontraron un espacio artístico de autorrealización e invención, algunas apegándose a ciertos rasgos físicos de la modernidad (como llevar el pelo corto o mostrarse con una ima-



Portada de *Luz Rebelde. Mujeres y producción cultural en el México posrevolucionario* de Elisa Rashkin y Esther Hernández Palacios (Universidad Veracruzana, 2020).

gen andrógina), a partir también de una búsqueda personal, pero destacando una profunda exploración de la mexicanidad. Los poemas de una de ellas, Aurora Reyes, considerada la primera muralista mexicana, generaron gran escándalo incluso en una relativamente reciente lectura pública, en 2014. Concha Michel recopiló textos líricos sonoros de música popular mexicana y exploró, a través de su poesía y prosa, algunos conceptos de la cosmovisión indígena mesoamericana para afirmar la igualdad de hombre y mujer. En las obras de estas artistas, hubo una crítica al sexismo visible en los grupos considerados reaccionarios en los grupos revolucionarios de izquierda.

Por su parte, Rashkin comentó la incursión de mujeres en diversos oficios en la posrevolución, ligados a la escritura. Destacó, por supuesto, el papel protagónico de las mujeres en la docencia, pues, por ejemplo, sobresalieron maestras que se convirtieron en teóricas de la educación, en favor de la equidad, o mujeres polifacéticas que, además de la docencia, escribieron en diferentes géneros literarios o artísticos y fueron investigadoras o gestoras culturales, como el caso de «Pacona», Francisca García Batlle.

Asimismo, además de la maestra en función de figura ejemplar, muy ligada a la labor tradicional de la mujer como madre, hubo un número significativo de mujeres que habrían de incursionar en el periodismo como directoras o colaboradoras (destacaron *Vesper*, *La mujer moderna* o incluso *El hogar*, revista mensual, cuya directora, Emilia Enríquez de Rivera, si bien promovía la imagen conservadora de la mujer como madre y ama de casa, ella misma encarnó, en contraste, la imagen de una mujer moderna, autosuficiente y triunfadora, pues al no ser una mujer casada y, más bien, triunfar en la industria periodística, se alejó de la imagen que ella misma promovía en su publicación). En este sentido, destacaron como periodistas y promotoras culturales Adela Sequeyro, María Luisa Ross Landa y Antonieta Rivas Mercado, entre otras. Finalmente, en esta relación de la mujer con la palabra, hubo una tercera confluencia en las mujeres

oficinistas, pues gracias a la labor de algunas instituciones, por ejemplo, la escuela comercial Miguel Lerdo de Tejada, las alumnas aprovecharon no solamente la formación en taquimecanografía, sino también el mismo ambiente intelectual para generar otro tipo de lazos profesionales y de donde surgieron agrupaciones tan importantes como El Ateneo Mexicano de Mujeres. En paralelo a esto, Rashkin destacó la labor de las mujeres en la ciencia, en calidad de una más de las expresiones que combatieron la invisibilidad de este género en el desarrollo de la cultura en nuestro país. Un ejemplo fueron las estudiantes de Medicina que, ya como profesionistas, se organizaron en redes para fundar, entre otras, la Asociación de Médicas Mexicanas o la Alianza Panamericana de Mujeres, plataformas que generaron intercambios intelectuales y culturales a muy diversos niveles.

Así, Rashkin propuso superar los estereotipos del artista como un genio loco y solitario o el de las vanguardias como grupos de artistas libres de constricciones, que rompían tabúes sin medida, y recordar que el vanguardismo mexicano, entrelazado con fenómenos como el anarquismo, las luchas por la tierra, el comunismo, y los derechos de proletariado, sí fue fundamental para la renovación cultural, artística y política en México, en parte gracias a que sus representantes, además de poetas y pintores, eran abogados, funcionarios públicos, maestros, médicos o periodistas. De manera similar, las mujeres organizadas en redes intelectuales, científicas y profesionales deberían ser tomadas en cuenta igual que las artistas, poetas, pintoras, novelistas y bailarinas, pues lo que estaba sobre la mesa era el ser femenino que, a través de mente y cuerpo, expresaba sus derechos, deseos, necesidades y habilidades, a través de una búsqueda constante de libertad y autorrealización.

Finalmente, Rashkin retomó la imagen de la obra de Arqueles Vela para relacionarla con la vida de Nellie Campobello y la dificultad de ser mujer y vanguardista, asemejando a esta artista con la protagonista de la novela *La señorita Etcétera*, para destacar en ambas la problemática del cuerpo femenino como sitio de control y eje de la reproducción. Con esta referencia, la Dra. Elisa Rashkin dio un cierre circular a su conferencia. Habría que añadir que esta misma conferencia, lúcida y ordenada, combate junto con las mujeres a las que hace referencia el silenciamiento al que estuvieron sujetas estas producciones artísticas e intelectuales, por lo que quisiéramos cerrar esta reseña precisamente con las palabras de Campobello: «No quiero / manos pálidas / que pidan / perdón / al cielo / las quiero / rojas / para derribar / cerros». El trabajo de Rashkin también derriba cerros de silencio.

